

El divorcio entre la democracia y el capitalismo

IGNACIO RICHANI

democracia

En una economía de propiedad privada orientada hacia el mercado, una distribución adecuada del ingreso no es primordialmente una cuestión técnica, sino una cuestión política y moral

Robert Dahl

uno de los aspectos centrales de este debate: ¿es posible la igualdad política en sociedades en donde las diferencias en la distribución de recursos entre los grupos sociales son crecientes? ¿cómo influye la creciente desigualdad sobre el desarrollo democrático? El epígrafe de Dahl aludía precisamente a este asunto, que afecta a todas las sociedades.

IGNACIO RICHANI
Profesor de relaciones internacionales en la *George Washington University* y profesor visitante en el Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales

DEFINIENDO LO QUE NO ESTÁ DEFINIDO

El problema central al que se refiere esta investigación¹ es el siguiente: ¿cómo se podría resolver la tensión entre igualdad política e inequidad social dentro del marco del sistema democrático? Para contestar a esta pregunta exploraré cómo se aborda el problema en la literatura clásica y en las producciones más recientes. Me propongo ofrecer nuevas perspectivas que nos ayuden a entender los retos de los procesos de democratización en el Tercer Mundo.

En los análisis sobre desarrollos democráticos en sociedades diferenciadas según clase, raza y género, sus orientaciones filosóficas e ideológicas subyacentes corresponden a variantes de la discusión clásica entre liberalismo y socialismo. En este ensayo, abordaremos

Es adecuado comenzar con la descripción de Robert Dahl acerca de las dificultades para definir democracia. Dahl comentaba que el término democracia "es como un viejo basurero de cocina, lleno de distintas sobras de dos mil quinientos años de uso casi continuo". La evaluación de Dahl puede explicar parcialmente la confusión conceptual, pero el resto debe atribuirse a dos corrientes de pensamiento generadas por la Ilustración europea: liberalismo y socialismo. Comenzaré con el acercamiento de Dahl a la democracia, tratando de situar su posición en el debate liberalismo-socialismo.

El contorno básico de este viejo debate es la relación entre democracia socioeconómica

1. Este estudio fue realizado gracias a las becas Fulbright y el IEPRI.

e igualdades políticas. Algunos seguidores de la tradición liberal, como Thomas Jefferson, se preocuparon por los peligros a los que se verían sometidas las libertades económicas en virtud de la igualdad política. Las observaciones de Jefferson se produjeron cuando los Estados Unidos eran predominantemente una sociedad agraria, y los antagonismos de clase aún no eran agudos.

El surgimiento de las sociedades industrializadas generó inevitablemente inequidades de clase en términos de distribución de riqueza, ingreso, status social, conocimiento y educación. Esto llevó a Dahl a afirmar que de haber Jefferson y Tocqueville anticipado tales desigualdades, hubieran percibido de una manera diferente las relaciones problemáticas entre igualdad social y política². Esto, según Dahl, "porque, si en el antiguo enfoque, la igualdad entre los ciudadanos podía poner en peligro la libertad, en la nueva realidad la libertad de las empresas ayudaba a crear un conjunto de ciudadanos altamente desiguales en los recursos que podían aportar a la vida política"³. Las desigualdades en la distribución de recursos económicos, sociales y culturales y sus respectivos impactos sobre la manera en que el poder político está estructurado en una sociedad han venido a convertirse en preocupación de una serie de teóricos, que van desde liberales radicales como Dahl y Norberto Bobbio⁴ hasta socialistas que siguen la tradición marxista.

La tradición liberal clásica representada por Tocqueville se preocupaba por las posibilidades de que los llamados a la igualdad política pudieran invitar al despotismo de la mayoría, destruyendo por tanto las libertades. En efecto, Tocqueville cuestiona la relación entre la igualdad política, un requisito esencial para la democracia, y la libertad. Para Tocqueville, la manera de corregir las igualdades democráticas consistía en la creación de garantías adecuadas tales que pudieran salvaguardar las libertades políticas. Es bien paradójico que de

Tocqueville haya notado, en sus observaciones acerca del cuerpo político estadounidense del siglo XIX, un problema inverso al que preocupa grandemente al mundo actual: la falta de igualdad social y política. Para Tocqueville el problema lo constituía un "exceso" de igualdad social y política y de democracia, no de libertades. Más aún, pensaba que era imposible que la igualdad política no prevaleciera tal como la igualdad lo había hecho en otras esferas sociales⁵. El mundo de hoy sufre de la carencia de igualdad social y sus graves y masivas implicaciones sobre las libertades políticas y la democracia. Esto fue, precisamente, lo que llevó a Dahl a volverse hacia los problemas de las democracias modernas. Percibió el dilema contemporáneo consistente en que el sistema democrático se apoye sobre las desigualdades en la distribución de recursos políticos; desigualdades que discriminan a negros, mujeres y otros grupos en desventaja tanto en los Estados Unidos como en otras partes del mundo. Pero lo que es más interesante en la presentación de Dahl es su caracterización de las fuentes de desigualdades políticas en una democracia como la estadounidense. Afirma que la propiedad y el control de las firmas afecta a la desigualdad política de dos maneras que están íntimamente relacionadas:

la propiedad y el control de las empresas contribuyen a la creación de grandes diferencias entre los ciudadanos en la riqueza, el ingreso, el estatus, las habilidades, la información, el control sobre la información y la propaganda, el acceso a los líderes políticos...estas diferencias ayudan a generar significativas desigualdades entre los ciudadanos en lo relativo a sus capacidades y oportunidades para participar como iguales políticos en el gobierno del Estado...⁶

La segunda es la forma de administración de las empresas económicas, de las cuales dice: "son absolutamente antidemocráticos,

2. Robert Dahl, *Prefacio a la democracia*, Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1990, p. 11.

3. *Ibid*, p. 11.

4. Cfr. Norberto Bobbio, *El futuro de la democracia*, Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 1986.

5. Dahl, *op. cit.*, p. 18.

6. Dahl, p. 57.

tanto de jure como de facto". Y más importante es su punto de que "la genuina igualdad política ha sido rechazada por los norteamericanos como un principio de autoridad adecuado dentro de las firmas". Así, Dahl opina que "la propiedad y el control de las empresas crea enormes desigualdades entre los ciudadanos, en lo relativo a sus capacidades y oportunidades de participar en el gobierno de las empresas económicas"⁷.

Por tanto, Dahl, en su trabajo *Prefacio a la democracia económica*, presenta una visión sobre la igualdad y la libertad que se acerca a la de la tradición socialista. Particularmente, se acerca a la visión marxista de que las desigualdades de clase producen un orden legal y político que reproduce y aumenta tales desigualdades. La democracia se vuelve problemática bajo las condiciones del desarrollo capitalista, debido a la dificultad para hacer compatibles las desigualdades socioeconómicas con el acceso al proceso político. Esto era en esencia a lo que aludía Dahl, aunque presenta una alternativa radicalmente diferente a la que ofrece la tradición marxista (la dictadura del proletariado) para resolver aquella contradicción.

Las instituciones estadinenses defienden tres derechos inalienables: vida, libertad y propiedad. El problema fundamental surge cuando los derechos a la propiedad y las libertades políticas entran en conflicto, y es ahí donde el verdadero carácter del orden económico legal se pone de presente. El asunto viene a ser el siguiente: ¿cuál derecho es superior al otro? Dahl y otros liberales radicales constatan que en Estados Unidos el derecho a la propiedad es superior al derecho a las libertades políticas. Si éste es el caso, entonces la democracia queda relegada a una posición secundaria. En otras palabras, los grupos sociales con más propiedad tienen más derechos que los desposeídos. Este punto podría ayudar a entender el debate en curso en Estados Unidos acerca del sistema de bienestar, en el que algunos grupos que tienen más

propiedad (y por consiguiente pagan más impuestos, etc.) intentan minarlo. En este sentido, los conflictos sociales en las democracias industriales modernas están tomando nuevas formas, pero en el núcleo de aquellos conflictos permanece el asunto de tener o no la propiedad. Tal diferenciación en los derechos no es solamente un asunto jurídico; en la práctica, pone de presente que en las sociedades occidentales industrializadas el capital corporativo disfruta de una influencia desproporcionada en el proceso político.

En los Estados Unidos y en otras sociedades industriales, los grupos económicos dominantes que controlan los medios de producción y el capital están pendientes de la salvaguarda de la posición dominante de los derechos de propiedad respecto de las libertades y derechos políticos.⁸ En las últimas dos décadas esto se tornó evidente cuando los grupos dominantes comenzaron a dismantlar el Estado de bienestar, los programas sociales y políticas que limitan el derecho a la propiedad y las libertades económicas. Esta tendencia está asociada al desarrollo de partidos políticos derechistas y grupos neofascistas en una buena parte de las democracias occidentales. Ello, a su vez, hace más verosímil el espectro de las amenazas contra las libertades políticas de las clases medias y bajas, las minorías, las mujeres, los niños, los homosexuales y otros grupos en desventaja. Es extraño que semejante clase de problemas no reciban suficiente atención por parte de algunas naciones del Tercer Mundo, que se han embarcado en una ruta neoliberal que no hace sino complementar la tendencia mundial contra el Estado de bienestar y el socialismo.⁹ La preocupación principal en una serie de países del Tercer Mundo es la pacificación del cuerpo político y la consolidación de los derechos políticos formales. Pero el problema de varias de estas naciones es que el modelo económico neoliberal podría minar las libertades políticas, poniendo en peligro la estabilidad de las nacientes democracias. La razón de ello es

7. Dahl, p. 58.

8. Dahl, op. cit. p. 67.

9. En los casos de Colombia y Líbano, sobre los que actualmente investigo, he observado que la problemática de las desigualdades sociales y las libertades políticas es en buena medida desestimada en los actuales debates académicos.

que el prerrequisito de la libertad económica, impuesto en esta coyuntura aperturista por el modelo neoliberal, mina las libertades políticas, particularmente en las sociedades en desarrollo, en las que las desigualdades sociales (de clase, género, étnicas, regionales, raciales, etc.) son más agudas que en el mundo industrial. Bajo circunstancias de desigualdad social extrema, forjar y consolidar sistemas democráticos en las naciones en desarrollo es, en el mejor de los casos, una labor precaria, debido a la naturaleza de los conflictos sociales que el modelo económico neoliberal podría desencadenar¹⁰.

El caso de Venezuela es ilustrativo: allí el modelo neoliberal exacerbó la desestabilización de una de las más antiguas democracias de América Latina y llevó a su sistema a la crisis más profunda de los últimos años. Otro caso es el de México, donde el neoliberalismo pudo detener completamente el proceso de cambio democrático. Esto ocurre porque una democracia no puede sostenerse cuando los costos son tan altos que erosionan las bases mismas que el sistema necesita para su supervivencia.

Colombia y Líbano, con sendas historias de agudos antagonismos sociales y conflictos que desestabilizaron sus democracias consociales, no pueden consolidar sus regímenes democráticos ni ampliar su apoyo popular en momentos en que el principal foco de atención es la privatización, la apertura de sus mercados al capital, los productos y la inversión extranjeros, y se presta poca atención al bienestar social¹¹. Las desigualdades socioeconómicas¹² minan las libertades políticas, particularmente cuando las clases bajas, las minorías, las mujeres y otros grupos sociales lu-

chan por mayores derechos políticos, y los grupos sociales dominantes perciben que tales reivindicaciones podrían perjudicar sus intereses de clase y su hegemonía política. Bajo estas condiciones podría surgir una noción de democracia limitada, a la Fujimori. Se trata de un modelo que combina democracia electoral formal con el control autoritario ejercido por una nueva forma de "caudillismo presidencial". Esta observación nos devuelve a nuestro punto de partida, a saber, la problemática de las libertades políticas y la igualdad en el capitalismo moderno.

Dahl y pensadores radicales¹³ advirtieron acerca del impacto del capitalismo sobre las libertades políticas y sobre el proceso democrático en su conjunto. Dahl escribe: "las libertades políticas requieren la utilización de recursos y, en consecuencia, un acceso seguro y protegido a los recursos es una condición necesaria para el ejercicio de la libertad política"¹⁴.

La solución que Dahl presenta es suplantarse el derecho a la propiedad por las libertades económicas. Esto sacaría a la propiedad del territorio de la moral y la llevaría a la esfera legal, colocándola en una situación de igualdad con las libertades políticas. En la misma tónica, Dahl propone la democratización de la empresa privada, dando a los empleados más poder en las decisiones económicas y administrativas. Según Dahl, esto resolvería una de las mayores contradicciones que gobiernan a las sociedades capitalistas, esto es, la contradicción entre libertades políticas y la concentración de la propiedad. Afirma que la creación de "un sistema de empresas autogobernadas sería una parte dentro de un sistema de igualdades y libertades, en el cual, en mi opi-

10. Ver Mario Sznajder, "Sociedad civil y democracia limitada: una perspectiva comparativa" en *Papel político* No.1, 1995. Ver también José Antonio Ocampo, "Reforma del Estado y desarrollo económico y social en Colombia" en *Análisis Político* No.17, 1992; en el mismo número, ver Eduardo Pizarro, "Colombia: hacia una salida democrática a la crisis nacional". Ambos autores advirtieron acerca de los dilemas que la democracia enfrenta en Colombia debido al modelo neoliberal de desarrollo económico.

11. En el caso de Colombia, el gobierno de Samper intenta combinar una política de bienestar social con economía neoliberal. Esta política no ha dado todavía sus frutos. Ver también José Antonio Ocampo, "Reforma del Estado y desarrollo económico y social en Colombia" en *Análisis Político* No. 17, 1992.

12. El nivel de pobreza en Colombia indica que más del 60% de la población es pobre. Ver *Workers in an integrating world*, Washington D.C.: World Bank Publications, 1995.

13. Ver Paul Hirst, *Law, socialism and democracy*, London: Allen & Unwin, 1986.

14. Dahl, op. cit., p. 81-2

nión, ambas serían más fuertes, comparativamente, de lo que pueden ser en un sistema de capitalismo empresarial¹⁵. Esto señala un cambio en el pensamiento de Dahl desde su libro *Poliarquía*¹⁶. De hecho, con esta línea de reflexión, Dahl se ha situado en la izquierda del espectro liberal. Su diagnóstico de las contradicciones entre las libertades políticas y la base económica del capitalismo no es nueva, ya que décadas antes Max Weber había señalado las dificultades para reconciliar democracia y capitalismo. Weber, en su análisis de las condiciones de Rusia antes de la revolución bolchevique de 1917, concluyó que el capitalismo como sistema económico siempre ofrece resistencia a las libertades políticas, que a su vez constituyen los cimientos mismos de la democracia. Ello es así porque el desarrollo capitalista, particularmente en su fase inicial, requiere el sacrificio de parte de la población; es difícil mantener la democracia bajo tales condiciones. El análisis weberiano fue ulteriormente desarrollado por escritores como O'Donnell, Moore, Schmitter, Linz, Amin y otros en su estudio sobre las dictaduras tercermundistas.

SARTORI Y EL DISCURSO NEOLIBERAL

Sartori, en su libro *Qué es la democracia* presenta la antítesis de Dahl, defendiendo la tradición liberal clásica. Sartori descarta que las agudas desigualdades sociales en la distribución de los recursos económicos tengan algún efecto significativo sobre las libertades e igualdades políticas¹⁷. Sartori presenta las no-

ciones de democracia y liberalismo como perteneciendo a dos esferas separadas, la primera relacionada con las igualdades sociales, la segunda con las libertades. Le hace, pues, eco al pensamiento de Tocqueville acerca del destino de las libertades bajo lo que presumía era un sistema social democrático e igualitario en los Estados Unidos en el siglo XIX¹⁸.

Sartori, siguiendo la tradición liberal, defiende la tesis de la necesidad de las desigualdades sociales bajo un sistema legal justo, i.e., la igualdad política formal. Asevera Sartori que para un liberal, "la prioridad es el método de la creación del orden social"; para el demócrata, en cambio, "es la creación de un orden justo"¹⁹. De acuerdo con ello, para Sartori "la democracia es finalmente un ideal que vive de tensión ideal. Si entendemos que la democracia supera al liberalismo, en el sentido de que lo salta y lo arrolla, entonces no; porque lo que la democracia agrega al liberalismo es también consecuencia del liberalismo. Lo que quiero decir es que el liberalismo es un presupuesto, y los presupuestos no se saltan...". Sartori llama liberalismo a lo que para Dahl es el derecho de propiedad, y llama democracia a lo que Dahl llama igualdad política.

Otra distinción capital es que Sartori es un apologista del capitalismo moderno y trata a la democracia como un ideal secundario con respecto del liberalismo²⁰, mientras que Dahl hace un diagnóstico crítico de las democracias capitalistas contemporáneas. Por tanto, el discurso no es normativo por naturaleza, sino más bien una explicación de las causas del

15. Dahl, p. 158

16. Dahl discute en su "Poliarquía" los impactos de las desigualdades sociales sobre la distribución del poder político, pero en sus trabajos más recientes ha elaborado una solución para este problema, consistente en la democratización de las relaciones económicas en el lugar de trabajo. Ver Robert Dahl, *Polyarchy*, New Haven: Yale University Press, 1971, cap.6.

17. Giovanni Sartori, *Qué es la democracia*, Bogotá: Altamir Ediciones, 1994, pp. 175-192.

18. En la primera mitad del siglo XIX, los Estados Unidos, con sus tierras abundantes y poca población, fue capaz de proveer tierras a sus habitantes. Esta peculiaridad de su modo de desarrollo socioeconómico constituía un agudo contraste con el modo de producción feudal en Europa, en el que las tierras estaban concentradas en pocas manos.

19. Sartori, p. 208

20. Sartori nos asegura que "la democracia sin liberalismo nace muerta. Vale decir, junto a la liberal-democracia muere también la democracia", Sartori, p. 210. En lenguaje llano, para Sartori el capitalismo con su sistema de libre empresa constituye la base económica de las modernas democracias, así como el fundamento de sus parámetros legales y políticos.

malestar que abarca las así llamadas sociedades democráticas. La crisis se manifiesta en una creciente apatía dentro del *demos*, sentimiento que se refuerza con la cada vez mayor corrupción de las élites gobernantes, y los niveles crecientes de pobreza y desigualdad social. Las clases media y baja están siendo llevadas a la periferia de las democracias modernas, convirtiéndose en grupos excluidos de hecho: una masa sustantiva de personas que son el equivalente postmoderno de los esclavos y mujeres de la Grecia antigua.

DEMOCRACIA Y LIBERALISMO

La democracia es una consecuencia histórica de la institucionalización del sufragio universal por parte del liberalismo, y ha traído al menos el principio de participación popular en los procesos electorales. Pero los conceptos de democracia y liberalismo han estado constantemente en tensión. El primero tiende a una mayor participación pública en política, una tendencia que comparte con los socialistas y liberales radicales.

Norberto Bobbio ha delineado la génesis de la tensión entre democracia y liberalismo, i.e., entre democracia y capitalismo. Dice Bobbio que ha habido históricamente diversas maneras de resolver la tensión: el modelo keynesiano, diseñado para salvar el sistema capitalista sin abandonar la democracia; el experimento leninista, que destruyó tanto el sistema capitalista como la democracia; y el modelo fascista que preservó el capitalismo pero desmanteló la democracia. En contraste, los neoliberales de hoy sostienen que la democracia está causando la crisis del capitalismo, y por tanto intentan recortar las libertades e igualdades políticas para preservar la "vitalidad" del capitalismo. Semejante tendencia supone una seria amenaza para el futuro de la democracia, porque busca una forma de democracia restringida que garantice las libertades económicas a expensas de las libertades e igualdades políticas. Esta es la economía política del modelo neoliberal.

En este contexto, podemos entender la

actual crisis política del capitalismo, precipitada por dos conjuntos de fuerzas sociales en conflicto. En primer lugar, aparecen las fuerzas desatadas por el proceso de democratización que buscan más espacio en el proceso político. Las identidades y formas de organización de estos grupos sociales constantemente cambian, correlativamente con los cambios en las esferas social, cultural, política y económica. Estos grupos buscan más democracia en sus dimensiones social, cultural, política y de género, y en efecto tratan de ensanchar el grado de democracia del Estado de Bienestar, i.e., expandiendo su papel en la sociedad. Tales esfuerzos chocan con el segundo conjunto de fuerzas, que buscan proteger el mercado de la intervención estatal, reducir el tamaño del Estado de bienestar y desmantelar las políticas que previenen la concentración del capital (con propuestas como facilitar en lo legal las fusiones de empresas). La reciente victoria republicana en los Estados Unidos y la elección de un presidente conservador en Francia, Jacques Chirac, hace de estas fuerzas y su programa político neoliberal un verdadero poder, con un mandato para rediseñar el cuerpo político al tenor de los intereses del capital.

Preguntémonos por qué el surgimiento de estas dos fuerzas en conflicto causa una crisis. Por sus objetivos y filosofías incompatibles. El primer grupo, particularmente tal como está expresado en izquierdistas como Pateman²¹ y Poulantzas²², así como los liberales radicales, siguen la línea de argumentación según la cual la libertad no es solamente para disfrutar la igualdad ante la ley, pese a ser este un aspecto crítico, sino también para tener las capacidades (materiales, culturales, educacionales y de acceso a la información) para escoger entre diferentes cursos de acción. El segundo grupo, representado por los liberales en sus formas clásica y moderna, buscan acomodarse a las necesidades capitalistas de expandirse y desarrollar nuevas tecnologías, métodos de administración, etc., para adquirir mayor eficiencia en un mundo crecientemente competitivo. Esto implicaría menos Estado e interferencia pública en las decisiones de nego-

21. Ver C. Pateman, *Participation and democratic theory*, Cambridge: Cambridge University Press, 1970.

22. Ver Nicos Poulantzas, *Estado, poder, socialismo*, London: Verso, 1980.

cios, que serían dejadas en manos del grupo que "mejor conoce", los ejecutivos de las empresas privadas. Normalmente, las decisiones de negocios se basan en un análisis de costo-beneficio, basado a su vez en la lógica de la expansión del capital que requiere de una mejoría del capital en la relación capital/trabajo. Lo anterior involucra la reducción en los costos sociales de producción, tales como beneficios laborales, pensiones, salarios, impuestos a las ganancias del capital, sistema de bienestar, costos de salud, educación pública, regulación ambiental, etc.. Por lo tanto, los grupos económicamente dominantes buscan recortar la interferencia en el proceso de producción. En esta motivación grupal subyace el convencimiento liberal de que si los individuos actúan en relaciones de competencia y buscando defender sus propios intereses, con una intervención estatal mínima, se lleva a cabo el bien público²³. En este sentido, la interferencia pública (estatal) ejercida principalmente a través de medios democráticos como elegir personas que apoyen determinados puntos de vista o realizar protestas públicas, no sólo afecta las relaciones de costos capital-trabajo, sino que también mina el bien público. Esto puede explicar la actual tensión entre capitalismo y democracia: la clase capitalista busca permanentemente socavar la influencia del demos en sus negocios (so pretexto de protección de la propiedad y de derechos y libertades intelectuales), y el demos a través del Estado (políticas públicas) intenta regular las actividades del capital.

Para elucidar ulteriormente el argumento, resulta importante citar de nuevo a Bobbio: "Ahora la democracia es pura y simplemente atacada, la insidia es grave. No solamente está en juego el Estado benefactor, o sea, el gran compromiso histórico entre el movimiento obrero y el capitalismo maduro, sino la misma democracia, es decir, el otro gran compromiso histórico anterior entre el tradicional privilegio de la propiedad y el mundo del trabajo orga-

nizado, del que directa o indirectamente nace la democracia moderna (mediante el sufragio universal, la formación de los partidos de masas, etc.)"²⁴.

Bobbio delinea la naturaleza del conflicto entre el trabajo y el capital en las sociedades capitalistas modernas, y en mi opinión este conflicto ha entrado en una nueva fase después del colapso de la Unión Soviética y el bloque oriental. La nueva fase se caracteriza por una nueva correlación de fuerzas bajo la cual el neoliberalismo adquiere un papel preponderante. Esto se hizo evidente durante la última década, cuando fuerzas democráticas como asalariados, movimientos feministas, grupos ambientalistas, movimientos políticos de las minorías y homosexuales cayeron en picada después de las movilizaciones populares de los años 70. Desde los años 80, en contraste, las fuerzas del neoliberalismo, con el reaganismo y el tatcherismo como puntas de lanza, se hicieron prominentes como la fuerza ideológica dominante en el mundo. No hay señas de que dicho dominio ceda; por el contrario, su influencia continúa en todo el mundo.

En los países europeo-occidentales, el Estado de bienestar, que tiene allí una larga tradición, se encuentra bajo ataque de los neoliberales, y el desmantelamiento de sus instituciones y funciones continúa. Ello, en efecto, está reestructurando las relaciones entre trabajo y capital y redefiniendo el papel del Estado democrático como el área de compromiso entre los dos.

En el Tercer Mundo, el neoliberalismo, al socaie de la democratización, ha conseguido reconstituirse como una fuerza política e ideológica importante²⁵. Esto se debe parcialmente a la falta de comprensión de en qué consiste todo este asunto de la democracia, especialmente entre segmentos de la intelligentsia y de la izquierda académica. Lo que está en juego es la propia democracia, en tanto método de gobernar y en tanto ideal.

23. Ver, por ejemplo, F. A. Hayek, *La constitución de la libertad*. London: Routledge, 1960, así como su libro *The road to serfdom*, London: Routledge, 1976.

24. Bobbio, p. 99.

25. Resulta interesante notar que hasta Rafael Caldera, presidente de Venezuela, describió la hegemonía ideológica del modelo neoliberal como "una especie de nueva forma de dictadura internacional" a la que no le agradaba el disenso. Ver *El Tiempo* (Bogotá), Julio 10 1995, p. 12A.

Es momento de darse cuenta que el capitalismo (liberalismo y neoliberalismo) y la democracia son dos cosas separadas, y que su matrimonio de conveniencia de dos siglos dictado por condiciones históricas específicas ha terminado, dando paso a un largo proceso de divorcio.

Lo que ha acentuado el conflicto entre los dos ha sido la evidente debilidad del modelo socialista (particularmente desde los años 70, como una alternativa viable moral y políticamente) y la caída de la forma soviética de gobierno. Este factor catalizó las contradicciones internas en las democracias occidentales, donde la competencia entre el capital y el demos por espacio político y libertades se intensificó. Otro factor fue el cambio en la economía política de las sociedades industrializadas modernas. El deslizamiento hacia una economía basada en la información está cambiando las sociedades modernas y transformando las relaciones sociales de producción, creando nuevos grupos sociales unidos en tanto "trabajadores asalariados", la mayoría de los cuales son empleados de cuello blanco. Este es el nuevo proletariado del siglo XXI, con los niveles más altos de desempleo en los Estados Unidos y en otras sociedades industriales. Se trata de una clase, la famosa "clase media", que constituye una de las principales víctimas de estas transformaciones; su declinar continuará hasta bien entrado el siglo XXI. La pregunta que surge es: ¿cómo podría la economía del neoliberalismo sostener un sistema democrático cuando la tendencia es a incrementar los márgenes de desempleo generados por las nuevas tecnologías? Se predice que el desempleo podría llegar a la cota del 20% de la fuerza de trabajo en la primera década del siglo XXI, sin hablar ya del ejército de los subempleados. Hasta el conservador especialista en administración, Peter Drucker, presenta en su libro *The post-capitalist society* una evaluación bastante lúgubre del problema, advirtiendo además acerca de la precariedad de la democracia bajo niveles tan altos de

desempleo.

En la misma tónica, Louis Uchitelle escribió: "Cuando Karl Marx describió una clase obrera cada vez más miserable y explotada, nunca imaginó que entre sus trabajadores explotados pudiera haber masters de la Ivy League²⁶, aventados de sus trabajos de a 200.000 por año²⁷". No se trata de saber si Marx predijo o no la situación, sino más bien de entender las ramificaciones políticas de la creciente incertidumbre económica de la clase media, pilar de la democracia, y los impactos que pueda tener sobre el futuro de los sistemas políticos democráticos. Todo ello nos trae de nuevo a la incómoda coexistencia entre democracia y desarrollo capitalista, conclusión a la que Uchitelle alude en su artículo.

SEÑALES ALARMANTES: LOS NEOLIBERALES FASCISTAS

En este momento, los neoliberales están atacando incluso algunas conquistas básicas, como la acción afirmativa en los Estados Unidos. Sartori²⁸, junto con otros (Richard J. Herrnstein y Charles Murray en su libro de publicación reciente *The Bell Curve: intelligence and class structure in american life*, Philippe Rushton con *Race, evolution and behavior*, Tomás Sowell con *Race and culture*, y *The decline of intelligence in America* de Seymour Itzkoff, para nombrar sólo a algunos) pertenecen a un género de escritores que resucitan las tesis que vinculan la pobreza a la inteligencia, antes que a diseños del poder político o a estructuras de clase. En *The Bell Curve*, Richard Herrnstein y Charles Murray escriben: "Hay evidencia creciente de que las tendencias demográficas están ejerciendo presiones hacia abajo sobre la distribución de las habilidades cognitivas en los Estados Unidos, y que esas presiones son lo suficientemente fuertes como para tener consecuencias sociales²⁹". Sostienen que no es relevante saber si las personas con poca inteligencia

26. Conjunto de universidades prestigiosas en los Estados Unidos

27. Louis Uchitelle, "The rise of the losing class", *New York Times* section 4, November 20 1994.

28. Sartori afirma que la acción afirmativa es una discriminación al revés.

29. Citado en Malcolm Browne, "What is intelligence and who has it" en *New York Times Book Review* october 16 1994, p. 3.

transmiten su déficit genética o ambientalmente³⁰. Lo que más molesta en esta tesis es que una gran proporción de la clase pobre está constituida por afro-americanos, latinos y otras minorías.

Más aún, dicen los autores de *The Bell Curve* que si la tendencia actual continúa, "América podría pronto dividirse entre una clase de meritócratas en el poder, por una parte, y un vasto y desposeído lumpenproletariado, por la otra... La sociedad no será útil para esta clase, en un mundo dominado por máquinas sofisticadas y seres humanos brillantes"³¹. Dos partes de este planteamiento interesan para mi discusión: primero, no es una noticia nueva que la sociedad estadounidense esté dividida a lo largo de líneas étnico/raciales; lo significativo, por el contrario, es qué implican tales divisiones para la continuidad de la democracia. En segundo lugar, los autores imputan las condiciones de vida miserables de los americanos pobres a su bajo IQ y su poca inteligencia, absolviendo a las estructuras sociales y políticas de su responsabilidad por la perpetuación de las condiciones de neoesclavitud. Peor aún, ponen en cuestión la utilidad de los programas de educación remedial diseñados para niños en desventaja, pues muchos de ellos continuarán estando en inferioridad de condiciones debido a sus carencias cognitivas debidas a la mala suerte biológica³².

Seymour Itzkoff, por su parte, cree que el contingente de población menos inteligente, menos educable, más pobre, más apático políticamente y más abusivo, se está reproduciendo más rápidamente que el contingente brillante, políticamente activo y solidario³³. Itzkoff culpa a los liberales en el gobierno y a los noticieros y medios de comunicación y a la sociedad en general; clama por el fin de los programas de bienestar y, por supuesto, de la acción afirmativa. En este punto coincide con

Hermstein y Murray, quienes escriben que "los líderes americanos son proclives a crear un Estado custodio, que mínimamente alimente, dé vivienda y cuidados para su despreciada clase marginal, en lo que equivaldría a una reserva india...Una vez un segmento significativo de la sociedad caiga en una dependencia permanente con respecto del Estado, la democracia tendrá que morir rápidamente"³⁴.

Pese a los matices racistas que subyacen en las tesis citadas, el punto importante, que los autores cándidamente han puesto sobre el tapete, es el de las crecientes desigualdades sociales en los Estados Unidos; desigualdades que coinciden con líneas de división racial, y que podrían poner en peligro la democracia. Estos libros revelan un deslizamiento desde la tradición liberal de "igualdad-democracia" y libertad, hacia un pensamiento que acepta la desigualdad no solamente como un medio ambiente "natural" sino como un resultado inevitable de la evolución genética. Peor aún, plantean que la política social no puede rectificar las condiciones de desigualdad; quizás ni siquiera debiera hacerlo, como Sartori³⁵ sostuvo en su debate acerca de la igualdad y la acción afirmativa.

En la misma tónica, Thomas Sowell, en su libro *Race and culture*, toma la cultura de grupo para explicar el comportamiento. De acuerdo con él, la gente tiene un conjunto de destrezas y valores que típicamente las siguen adonde van. Y más relevante para nuestra discusión, es el manifiesto disgusto de Sowell hacia la acción afirmativa, que "puede desembocar en un sentido de justicia bastante tóxico"³⁶. En una especie de darwinismo social, y haciéndole eco a Tocqueville, quien señalaba que "la historia es una galería de arte con unos cuantos originales y muchas copias", concluye que las experiencias históricas que resultan de la competencia cultural arrojan

30. Ibid.

31. Ibid.

32. Ibid.

33. Ibid.

34. Ibid, p. 45

35. Ver Sartori, op. cit., pp. 175-192.

36. Citado en John Stone, "Cultura isn't color" en *New York Times Book Review* november 27 1994 p. 28

por fuerza ganadores y perdedores³⁷. Naturalmente, los perdedores son por desgracia las gentes de color y los pobres.

LOS NEOLIBERALES Y LOS NEOFASCISTAS- NEOLIBERALES: CONVERGENCIA POLÍTICA

Los trabajos que he mencionado encuentran su complemento en el contexto político que presenta Sartori. En él, no sólo justifica las desigualdades sociales, sino que también ataca los cimientos mismos del Estado de bienestar. En este punto particular, su posición converge con la de los autores que acabamos de tratar. Aún, Sartori se aventura a argumentar que nuestras sociedades "se están convirtiendo, característicamente, en sociedades de derecho-pertenencias y más precisamente en sociedades de pertenencia, en las que los ciudadanos se sienten acreedores de débitos, de cosas que les pertenecen. Se trata de un gran salto hacia adelante, que debe comprenderse dando un paso hacia atrás"³⁸. Sartori ataca los fundamentos legales-morales de la función distributiva de las democracias modernas, que resultó de las luchas acumuladas por la clase obrera y sus aliados a lo largo de décadas. También cuestiona la prudencia política de los "derechos materiales que son sancionados por las constituciones, como el derecho a la instrucción [es una inversión productiva, según Sartori], salud, vivienda y los derechos vinculados a la llamada 'libertad de las necesidades' (el derecho a la alimentación, a los subsidios y similares)". Considera Sartori que los derechos formales son absolutos e incondicionales, pero que los derechos materiales como los mencionados por necesidad dependen de las posibilidades materiales. Percibe que el problema reside en que "la sociedad de pertenencias los percibe y reclama como derechos absolutos"³⁹. Sartori aclara que el problema no es "sobre cuánto esté destinado a las necesidades sociales, sino sobre el título y su justificación... la democracia está en

déficit porque está indefensa"⁴⁰.

Explica que esto se debe a que "la sociedad de pertenencias tiene un falso título sobre sus derechos materiales". Sartori concluye que "la democracia quedará en déficit, la mala política en auge y todo sin fruto, porque la sociedad de pertenencias disfruta de generosidades que no aprecia". El argumento de Sartori ofrece una filosofía política que complementa las perspectivas del darwinismo social de los autores que mencionamos en el acápite anterior. En efecto, lo que Sartori y sus colegas neoliberales-neofascistas están afirmando lo siguiente: los pobres son romos, por tanto, hay que gastar el dinero del gobierno para los hijos de los ricos y los inteligentes; más aún, que los pobres ni siquiera están acreditados para recibir los "derechos materiales" que cada día se toman más onerosos. Estos neoliberales cuestionan así derechos fundamentales como seguridad social, educación, vivienda, oportunidades iguales y derechos para los grupos en desventaja (negros, minorías, mujeres, homosexuales, etc.), derechos que fueron conquistados en las últimas seis décadas.

Por tanto, no se trata de profundizar o no la democracia, sino de defender lo poquito que tenemos, esto es, la poliarquía y algunos derechos formales. En este sentido, deberíamos pensar la democracia como una larga lucha con las líneas del frente en constante cambio entre las fuerzas en contienda, por un lado los liberales del "mercado libre", la extrema derecha, y aquellos que claman por una intervención del Estado para remediar las injusticias sociales como un medio para preservar la igualdad política y las libertades. Particularmente, en sociedades divididas a lo largo de ejes de clase y estatus (género, acceso al conocimiento y a la información, lo étnico, lo racial, lo regional, lo religioso, las orientaciones sexuales). Las nuevas líneas del frente son delineadas en este momento por los neoliberales, quienes han ganado la iniciativa política. El resultado de semejante conflicto

37. Ibid, p. 28

38. Sartori, op. cit., p. 324

39. Sartori, p. 325

40. Ibid, p. 326

determinará el grado de democracia que tenga el capitalismo. Esto, a su vez, decidirá sobre el futuro de la democracia como un sistema político viable bajo las nuevas condiciones del desarrollo capitalista. Por lo tanto, la contradicción entre las disparidades sociales y la igualdad política ocupará un lugar prominente en las democracias industriales hasta bien entrado el siglo XXI.

DEMOCRACIA Y TECNOLOGÍA

El último giro en el campo neoliberal de extrema derecha ha sido el surgimiento de una nueva especie de *ciber-tecno* liberales representados por su nuevo vocero en la Cámara de Representantes del Congreso de los Estados Unidos, Newt Gingrich⁴¹. Este grupo comparte las perspectivas ideológicas y políticas de los neoliberales, pero con una diferencia menor. Se trata de su obsesión conceptual con las grandes potencialidades de la tecnología de la información, particularmente si se la pone al servicio del proceso político. El rápido acceso a la información (Internet, etc.) puede llevar a una participación popular fácil en el proceso de toma de decisiones (como referendos y plebiscitos). Potencialmente, esto podría cambiar la manera de gobernar en Occidente. Teóricamente, podría poner a la orden del día la democracia participativa directa, al alcance de millones de usuarios de computador conectados y cubriendo todo el paisaje político. Pero esta imagen no resiste una evaluación sobria de las realidades actuales de aumento paulatino de las desigualdades sociales y de clase en la sociedad estadounidense; una sociedad en la cual más del 20% de sus ciudadanos son analfabetos y están excluidos del disfrute de la Era del Conocimiento y de la posibilidad de navegar en el ciber-espacio⁴². No hablemos ya de otros millones de estadounidenses trabajadores, retratados por el Secretario de Trabajo de los Estados Unidos, Robert Reich, como personas que

tratan de mantenerse a flote⁴³. Así, Internet y la parafernalia tecnológica, pese a sus potencialidades políticas revolucionarias, poco o nada pueden hacer para remediar las consecuencias de las disparidades sociales en la tecnodemocracia estadounidense, en la que las clases con mayores recursos seguirán ejerciendo una influencia política mayor que el de las clases subordinadas.

Paradójicamente, el equipo de Gingrich, a la vez que se divierte con las ideas de Alvin y Heidi Toffler ("los tecnomaniáticos de la futurología") sobre las nuevas tecnologías de la información, está desmantelando el Estado de bienestar y otros programas sociales que benefician a los pobres en la sociedad estadounidense, recortando su acceso a la educación, el conocimiento y la información, reforzando así las crecientes desigualdades en los Estados Unidos.

¿DOS DISCURSOS Y UNA DEMOCRACIA? LA RESPUESTA DE LOS NEOSOCIALISTAS

En la última década surgió un nuevo grupo de socialistas, como Anne Philips, Zillah Einstein, Richard Norman y John Keanne, entre otros. Ellos han buscado comprender la contradicción histórica entre igualdad y libertad como los dos pilares de la democracia. Se trata de un intento de encontrar un terreno común con el liberalismo clásico de Locke, Kant y Tocqueville. Resulta interesante que estos nuevos socialistas europeos hayan comenzado a valorar más al individuo como actor socio-político, tomando en consideración la complejidad del comportamiento político individual, sin abandonar necesariamente el análisis de clase. El trabajo de John Rawls *A theory of social justice*, es un intento de dilucidar la problemática de las relaciones entre el individuo y el grupo, así como la de la igualdad social y política en el marco de la democracia. En la misma tónica, Anne Philips asevera que se siente una actitud más cautelosa a

41. Ver Newt Gingrich, *To renew America*, New York: Harper-Collins, 1995. En este libro, Gingrich sienta las bases conceptuales de su visión de la revolución de la Tercera Ola, que sigue a las revoluciones agrícola e industrial.

42. Ver David Broder: "A democratic argument on mainstream realities" en *International Herald Tribune* junio 23 1995 p. 9.

43. *Ibid.*

la hora de establecer la relación entre igualdad social y democracia. Adoptó ella la posición "realista" de que se no se puede "repicar y andar en la procesión" al mismo tiempo⁴⁴. En su opinión, "deberíamos reconocer las difíciles opciones que se nos presentan entre resultados igualmente deseables pero quizás incompatibles"⁴⁵. Semejante posición ignora la magnitud de la crisis en las democracias modernas. Se trata de algo que tentó incluso a Robert Dahl a volverse menos "realista" que Philips, cuando Dahl espera que la relación entre igualdad política y económica "ocupe el corazón de la próxima transformación democrática"⁴⁶. Philips y algunos otros socialistas perciben que este punto de vista es irreal y utópico. Pero el asunto que Dahl pone sobre el tapete no es cómo construir una utopía, sino más bien alertar sobre los peligros que amenazan el desarrollo democrático en esta coyuntura histórica. Irónicamente, Dahl ha llegado a ser más socialista que algunos de los neosocialistas realistas.

Chantal Mouffe presenta un esquema diferente para reconciliar el individualismo del pensamiento liberal con la perspectiva social de la tradición marxista, todo ello dentro de un acercamiento pluralista. Afirma ella que "el proyecto de la democracia debe pasar por la defensa de la democracia y la expansión de su esfera de aplicación a las nuevas relaciones sociales". Este proyecto se orienta a crear otro tipo de articulación entre los elementos de la tradición democrática liberal, donde los derechos no se conciben en un marco individualista, sino como derechos democráticos⁴⁷.

Mouffe plantea "la implantación de la hegemonía de los valores democráticos para lo cual las prácticas democráticas tendrán que multiplicarse dando lugar a relaciones sociales aún más diversas, de manera que mediante una matriz democrática puedan conformarse múltiples posiciones del sujeto". Su solución

del problema de los individual versus lo social es lo que ella llama la democracia plural radical, donde los individuos deberían ser aprehendidos en sus contextos social y psicológico. Ello es así porque, según Mouffe, somos "sujetos múltiples y contradictorios, habitantes de una diversidad de comunidades y ligadas temporal y precariamente en la intersección de esas posiciones del sujeto"⁴⁸. Mouffe permanece comprometida con la noción de que la democracia es un proceso, construido y desarrollado por múltiples fuerzas sociales, con un objetivo último de igualdad y libertad para todos.

La revalorización de lo individual por parte de los neosocialistas, y de los papeles y posiciones múltiples del individuo, así como su defensa de esquemas socialistas democráticos pluralistas, aún está por constituirse en una respuesta intelectual coherente al reto neoliberal, que, como ya demostramos, se asocia a la defensa de nociones extremas del individualismo y del capitalismo. Pienso que este extremismo neoliberal y su respuesta neosocialista (pese a su debilidad) son una señal del proceso de polarización que resulta de las contradicciones sociales producidas por la llamada revolución de la información. Tales contradicciones revelan la compleja relación entre capitalismo y democracia, reivindicando el análisis de Weber según el cual "es completamente ridículo atribuir al capitalismo de hoy una afinidad electiva con la democracia, para no hablar ya de la libertad, en cualquier acepción de la palabra"⁴⁹. La democracia nació entre las contradicciones del capitalismo y bajo condiciones históricas que facilitaron su funcionamiento y continuidad. Si esto es válido, entonces es plausible argumentar que las contradicciones sociales de la revolución de la información podrían traer un divorcio entre uno y otra. Esto es, las libertades requeridas por el capital en su nueva fase de expansión,

44. Ver Anne Philips, *Democracy and difference*, Pennsylvania: The Pennsylvania State University Press, 1993, pp. 126-131.

45. *Ibid.*, p. 129.

46. Ver Robert Dahl, *Democracy and its critics*, New Haven: Yale University Press, 1989.

47. Chantal Mouffe, "La democracia radical: moderna o posmoderna". *Revista Foro* No. 24, 1994, p. 21.

48. *Ibid.*, p. 23.

49. Citado en Dietrich Rueschemeyer, Evelyne Stephens y John Stephens, *Capitalista development and democracy*, Chicago: Chicago University Press, 1992, p. 21.

concentración y competencia, no podrían ser reconciliadas con las exigencias y los requisitos del proceso democrático que se han apoyado sobre compromisos históricos y concesiones mutuas entre el capital y el trabajo. Ello, porque el proyecto neoliberal no busca ningún compromiso con el trabajo, erosionando así los fundamentos sociopolíticos sobre los que están construidas las democracias modernas.

OBSERVACIONES FINALES

Ahora, a la luz de los que hemos venido presentando, dos preguntas centrales vienen a la mente: ¿qué tipo de democracia podría surgir bajo las condiciones de la economía de mercado liberal, en América Latina y en otras partes del mundo?, y ¿cuál es el destino de las libertades e igualdades políticas en vista de las desigualdades económicas crecientes?

El tipo de democracia que podría surgir bajo las condiciones sociopolíticas prevalentes es una democracia restringida, con participación popular limitada y un órgano ejecutivo fuerte; un caudillismo presidencial que pueda administrar la economía política del neoliberalismo. Yeltsin y Fujimori son dos buenos ejemplos de esta modalidad de gobierno. Bajo tales regímenes políticos, los derechos humanos y las libertades políticas for-

males son, en el mejor de los casos, precarios, para no hablar ya del asunto de la equidad política y de la democracia social.

En cuanto al destino de la igualdad y las libertades políticas, se mantendrán como aspiración, tal vez un lujo con el que juegue un reducido círculo de intelectuales en las naciones industrializadas, así como en las "democracias muy, muy tardías"⁵⁰. No se puede esperar más, en vista de los crecientes niveles de pobreza y de inequidad en la distribución del ingreso en los países en vías de desarrollo y desarrollados (como los Estados Unidos), lo cual limita los recursos (materiales, educacionales y de información) para la participación en el proceso político, aún asumiendo como dadas las libertades políticas.

Con todo, las "democracias tardías y muy tardías" afrontan dilemas adicionales, como los obstáculos institucionales (la hegemonía de los partidos tradicionales, la debilidad general de los partidos políticos y las organizaciones sociales, la concentración del poder en la rama ejecutiva, etc.) que impiden el desarrollo incluso de una versión restringida de la poliarquía. Pero la democracia, no obstante, permanecerá como una nueva utopía, hasta nueva orden.

Señalemos, por último, que la cuestión de la democracia social y política no es solamente un asunto político, sino un imperativo moral que exige nuestra atención.

50. Las democracias tardías son aquellos países que comenzaron su deslizamiento hacia la democracia política en los años 50 y 60. Las muy tardías son las de los países que iniciaron el proceso en los 80 o los 90.

